



El Cid

VIDA Y LEYENDA
DE UN MERCENARIO MEDIEVAL

NORA BEREND

CRÍTICA

Nora Berend

El Cid

Vida y leyenda de un mercenario medieval



Traducción castellana de
Beatriz Ruiz Jara

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: mayo de 2025

El Cid. Vida y leyenda de un mercenario medieval

Nora Berend

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *El Cid. The Life and Afterlife of a Medieval Mercenary*

© Nora Berend, 2024

© de la traducción, Beatriz Ruiz Jara, 2025

© de los mapas, Mike Parson / Barking Dog Art 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es

www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-774-0

Depósito legal: B. 7.384-2025

Impresión y encuadernación: Rotoprint

Printed in Spain - Impreso en España



Sangre y oro: la época

El Rodrigo histórico solo se puede entender en el contexto de su propio tiempo. Una vez limpio de leyendas, el hilo conductor de su vida fue su pericia militar. La naturaleza exacta de sus aptitudes será incomprensible si no tenemos en cuenta la época en la que vivió, una época de guerra e inestabilidad. Los hombres se cobraban botín y tierras por medio de la guerra, pero la lucha era oportunista y las justificaciones religiosas a la contienda entre cristianos y musulmanes coexistían con otras decisiones pragmáticas que no tenían en cuenta la división confesional. ¿Cómo pudo llegar a existir una sociedad semejante? Para cuando Rodrigo nació, la península ibérica, que probablemente no contaría con más de cuatro millones de habitantes aproximadamente, estaba dividida entre un norte cristiano, pequeño y pobre, y un próspero sur musulmán. Esta situación era el resultado de una conquista militar acaecida a principios del siglo VIII: el reino visigodo, que era uno de los Estados sucesores del Imperio romano, fue derrotado y conquistado entre los años 711 y 715 por tropas bereberes lideradas por los árabes.

No obstante, bajo el liderazgo musulmán, muchos de los conquistadores de la época eran musulmanes solo de forma nominal. Tras la conquista, surgió en la península ibérica una sociedad enteramente islamizada. Muchos de los habitantes locales se convirtieron al islam o, al menos, se adaptaron a la vida bajo el dominio musulmán. Nació la Iberia musulmana, llamada al-

Ándalus. En un principio formaba parte del califato omeya (Umayya), un imperio islámico cuyo centro se hallaba en Siria. Después de que los omeyas —una dinastía árabe— se vieran privados del poder en Damasco, un miembro de la dinastía, ‘Abd al-Rahman, logró escapar a la península ibérica en el año 756 y convertir al-Ándalus en un emirato políticamente independiente, con capital en Córdoba. Su dinastía gobernó allí durante siglos y su to-cayo, ‘Abd al-Rahman III, se proclamó califa (un término que designaba a la máxima autoridad política) en el año 929. Con el tiempo, construyeron un reino próspero. Esta prosperidad se basaba en la producción agrícola y artesanal y en el comercio. Una mercancía esencial para este comercio eran los esclavos, incluyendo a ciudadanos eslavos, que eran traídos desde el este de Europa, castrados en al-Ándalus y vendidos en calidad de eunucos en el mundo musulmán. En un principio, al-Ándalus se extendía a lo ancho de la península, a excepción de la margen norte. Aquella franja septentrional no interesaba a los conquistadores debido a sus malas condiciones climáticas y orográficas, y por lo tanto fue abandonada muy pronto. En las regiones montañosas, la población local empezó a organizarse, lo que finalmente daría lugar a la formación del primer reino cristiano en Asturias.

Los gobernantes de al-Ándalus aplicaron a los cristianos la habitual política islámica de la época. A «las Gentes del Libro», entre las que se incluía a cristianos y judíos, no las forzaban a convertirse al islam. Podían seguir con su vida como minorías protegidas a cambio del pago de un impuesto especial, y se veían condicionadas por ciertas normas, tales como la prohibición del matrimonio entre hombres cristianos y mujeres musulmanas. Los *dhimmis*, como se conocía a estas minorías, no podían dar muestras abiertamente de su religión ni vestir las ropas que usaban los musulmanes, no podían portar armas ni proclamarse superiores a quienes profesaban el islam. Al mismo tiempo, estas comunidades podían regirse por sus propias leyes y beneficiarse de la protección de la ley islámica dictada, y aplicarla a sus propiedades y a su persona. A pesar de ello, tanto el islam, en cuan-

to religión de los vencedores, como las posibilidades socioeconómicas que estaban únicamente al alcance de los musulmanes ejercían una atracción tan poderosa que la conversión se disparó en cuestión de unas pocas generaciones. Según una hipótesis, para el año 800 solo en torno a un ocho por ciento de la población estaba constituida por musulmanes, pero esta cifra creció hasta el cincuenta por ciento en el 950 y hasta el setenta y cinco por ciento en el año 1000. Alarmados por la conversión de sus compatriotas cristianos, algunos clérigos organizaron en la década del 850 una radical oposición pública a la asimilación, entregándose al martirio. Blasfemaban abiertamente contra el islam (declarando en público, por ejemplo, que Mahoma languidecía en el infierno por haber engañado a los árabes), sabedores de que tales acciones conllevaban la pena de muerte.

El consiguiente movimiento de los llamados «Mártires de Córdoba» se tradujo en la ejecución de, por lo menos, cuarenta y ocho cristianos, la mayoría clérigos, en menos de una década. Según narra la crónica de sus muertes, dichas ejecuciones implicaban el azotamiento de la víctima, en algunos casos la amputación de manos y pies, la decapitación y la crucifixión del cuerpo. Emulando a los primeros mártires cristianos, que se encaminaban a la muerte de forma voluntaria, pretendían convencer a sus correligionarios de la superioridad del cristianismo. Con todo, no lograron revertir la corriente. Aunque hubo una gran cantidad de mozárabes (como llamaban a los cristianos de al-Ándalus) que emigraron a las regiones cristianas del norte y no todo el mundo se convirtió al islam, muchos sí que lo hicieron. Es más, la cultura de los cristianos que se quedaron no se basó en la segregación, sino que más bien se fue arabizando de manera progresiva. Las lenguas romances vernáculas locales incorporaron palabras árabes y miles de ellas siguen presentes en el español de hoy en día, como «ajedrez», «azúcar», «hazaña» y «berenjena». Se introdujeron nuevas tecnologías y oficios. También penetraron la ciencia y la literatura en lengua árabe, entre las que se hallaban las traducciones de muchas obras de la Antigüedad clásica cuyos ori-

ginales griegos se habían perdido y eran desconocidos para los europeos.

Al mismo tiempo, sin embargo, prosiguió el desarrollo político de la franja septentrional cristiana. En el siglo IX, un rey se alzó al poder en Pamplona, en una zona que se disputaban el emirato de Córdoba y los reyes francos. El de Pamplona acabó por convertirse en un reino independiente. Durante los siglos IX y X, los habitantes locales, junto con aquellos que huían de los conquistadores, crearon nuevos reinos cristianos que lentamente fueron incorporando tierras —de las cuales había desaparecido la autoridad central en los siglos VIII y IX— hasta alcanzar el río Duero. En el siglo XI, los reinos de Aragón, Castilla y León ya habían hecho su aparición en la escena política. Este proceso fue cualquier cosa menos apacible: los territorios se mezclaban y se dividían, los hermanos se abrían paso a codazos para hacerse con el poder, los soberanos trataban de imponer su autoridad a sus vecinos más débiles. Por lo tanto, los países y reinos del norte de la península eran inestables y se reconfiguraban continuamente gracias al poderío militar de los reyes cristianos, así como a las casualidades. Por ejemplo, en el año 914 el reino de Galicia dejó de existir por un tiempo como reino independiente porque su soberano, Ordoño II, heredó el trono del más prestigioso León a la muerte de su hermano mayor, García, e integró Galicia en el reino de León. Cuando el propio Ordoño falleció diez años más tarde, su hermano pequeño, Fruela II, hasta entonces rey de Asturias, unificó los dominios de Ordoño con los propios, y así fue como el expandido reino de León engulló estos reinos otrora independientes. Con todo, los reinos se desgajaban nuevamente con idéntica facilidad.

No obstante, hasta principios del siglo XI, el factor determinante en la fortuna de los cristianos del norte fue la fuerza del al-Ándalus musulmán. La inestabilidad provocada por las rebeliones andalusíes permitió una cierta y esporádica expansión de las fronteras de los reinos cristianos, pero mientras al-Ándalus permaneciera bajo el mando de un solo califa, lo máximo que

iban a lograr los reinos del norte sería avanzar hacia zonas marginales, en lugar de conquistar a los musulmanes territorios relevantes. En el peor de los casos, sufrían incursiones por parte de los musulmanes y eran forzados a convertirse en estados satélites: por ejemplo, el rey Bermudo II de León pagaba un tributo anual para protegerse de las tropas musulmanas, y cuando trató de romper ese acuerdo en el año 987, algunas de sus ciudades fueron saqueadas. Las últimas décadas del siglo x estuvieron dominadas por el temido al-Manṣūr, también conocido como Almanzor «el Victorioso». Su vida empezó con el nombre de Abu Āmir Muḥammad ibn Abdullāh ibn Abi Āmir al-Maʿfirī, y se convirtió en una figura fundamental en la corte del califa en Córdoba, ocupando varios cargos de importancia y, en última instancia, arrogándose *de facto* el mandato. Fue todopoderoso mientras vivió y supuso una amenaza constante para los cristianos del norte: entre los años 977 y 1002 emprendió cincuenta y seis campañas contra los cristianos del norte y reconquistó las pequeñas adquisiciones que aquellos habían obtenido en las generaciones anteriores. Una de sus más notables hazañas fue el saqueo de Santiago de Compostela en el año 997, tras el cual se llevó a Córdoba las puertas y las campanas de la iglesia. Un cronista cristiano posterior estuvo dispuesto a asegurarles a sus lectores que un enemigo semejante sería merecedor de un castigo eterno: «Después de muchos horribles estragos de los cristianos, sorprendido Almanzor por el demonio que en vida lo poseyera [...], fue sepultado en el infierno».

No obstante, el equilibrio de poderes entre al-Ándalus y los reinos del norte empezó a alterarse en la primera mitad del siglo xi. Al-Manṣūr había arrinconado al califa, convirtiéndolo en un peleele, lo cual no tardó en desestabilizar al-Ándalus. El hijo mayor de al-Manṣūr heredó el puesto y el poder de su padre, pero a la muerte de aquel muy pronto su sucesor —su hermano pequeño— fue asesinado. La inestabilidad política aumentó, con el consiguiente socavamiento de la autoridad central por parte de los líderes militares, administradores y prohombres locales, que

buscaban forjarse un poder propio. Los cristianos del norte estaban empezando a tomar conciencia de las posibilidades que se abrían de adquirir riquezas y tierras. Tan pronto como en 1009, año en que se declaró en Córdoba una revuelta bereber, el conde castellano Sancho Garcés se alió por un breve periodo con los rebeldes para recuperar en el valle del Duero posiciones que había perdido previamente ante al-Manṣūr.

En el año 1031, Hisham III, el último califa omeya de al-Ándalus, fue derrocado; había intentado apuntalar el poder central del califa, ya debilitado, recaudando impuestos, lo cual resultó ser su ruina. Conspiradores de la élite destronaron a Hisham y asesinaron a su jefe militar (el visir). Hisham se las arregló para escapar de su prisión, pero tuvo que huir y nunca pudo restaurar su poder. El sur musulmán se fragmentó en pequeños reinos, llamados «taifas», un término que procede del árabe *ṭā'ifa*, que significa parte o facción. Después de 1031, surgieron treinta y tres taifas; eran a todas luces y para todo fin ciudades-Estado con sus propios gobernantes y sus propias áreas provinciales. Entre estos nuevos reyes de taifas se encontraban los generales militares y los gobernadores provinciales del antiguo califato, así como los miembros de las élites locales. Muchas de las taifas más pequeñas y débiles fueron finalmente conquistadas por algún otro líder cercano más fuerte; así, la taifa de Sevilla incorporó una docena de sus vecinas más desafortunadas en las décadas de 1040 y 1050.

Aun estando políticamente fragmentada, económicamente al-Ándalus seguía representando una mina de riquezas y objetos de prestigio —tales como tejidos suntuosos, cerámicas y cofres de marfil— para los cristianos del norte. Los nuevos habitantes del sur habían conseguido incluso transformar los áridos páramos en un paraíso de cultivos, mediante la construcción de sistemas de riego con canales y norias que permitían elevar el agua hacia los acueductos. Las que se instalaron en los ríos eran grandiosas, de entre quince y veinte metros de diámetro; en la actualidad se pueden ver los restos de algunas de ellas en España, como la de Córdoba

sobre el río Guadalquivir. También se usaban molinos fluviales; en Valencia se encontró un pequeño molino del siglo x. Los conquistadores árabes introdujeron el cultivo de diversas frutas y verduras que hasta entonces no crecían en la península, como la naranja o el limón, el higo y la sandía, la granada y la almendra, el arroz, la berenjena y la alcachofa; y especias como la nuez moscada, el clavo y la canela. Los artesanos producían fabulosas aleaciones metálicas, como el acero toledano; mármoles; textiles, incluyendo prendas de seda; objetos de cuero, como el cordobán, y cristal. En Toledo, en el año 1067, trabajaba un renombrado fabricante de astrolabios, un instrumento astronómico para calcular la posición de los cuerpos celestes. El único lugar en toda Europa donde se manufacturaba papel en esa época era también al-Ándalus: hay vestigios de la existencia de una planta de papel en Játiva al menos desde mediados del siglo xii. Las ciudades de al-Ándalus superaban con creces a las del mundo cristiano occidental: la población de Córdoba alcanzaba aproximadamente las cien mil personas en el siglo x, un tamaño igualado únicamente por ciudades como Venecia o Florencia en la Europa católica de en torno al año 1300. Incluso en aquel entonces, veinte mil habitantes conformaban una ciudad grande en la cristiandad latina. Las ciudades musulmanas no solo se distinguían de los reinos cristianos por su tamaño, en al-Ándalus también floreció una rica cultura urbana, con comunidades de eruditos y médicos, una población variopinta y un entorno de construcciones espectaculares, entre las que se incluían baños y mezquitas. Los lazos comerciales vinculaban a estas ciudades con lugares tan remotos como Bagdad, El Cairo y la India.

Después de la caída de al-Ándalus, su recuerdo era el de un paraíso terrenal. Y, en efecto, actualmente unas vacaciones por la región —en busca de vestigios de lugares antaño suntuosos, como el sonido relajante de las fuentes de las que mana el agua o el aroma de los dulces brotes de los naranjos— producen en el visitante contemporáneo una impresión similar. De modo que a los pobladores del norte también debió de parecérselo, cuando

estuvieron cara a cara con una civilización material mucho más rica que la suya. Esto se pone de manifiesto en la circulación de productos andalusíes hacia el norte. Además, el préstamo cultural no solo influyó en los habitantes locales que permanecieron en al-Ándalus tras la conquista. Algunas innovaciones llegaron al norte, donde a finales del siglo x encontramos las primeras evidencias de la adopción de la numeración arábica por parte de los europeos. El escribano del llamado *Códice Vigilano* del monasterio de San Martín de Albelda, en el reino de Pamplona, trazó cuidadosamente los números del uno al nueve, copiándolos de derecha a izquierda, a la manera de la escritura arábica, para celebrar el ingenio de los habitantes de la India que los habían inventado. A pesar de ello, a las gentes del norte lo que les interesaba más que nada era el saqueo del paraíso terrenal de al-Ándalus.

Si la fragmentación política debilitó el al-Ándalus musulmán, el norte cristiano también estaba sometido a cambios continuos. Allí la inestabilidad venía dada por un ansia de riquezas, con sus gobernantes atentos a todo territorio adyacente, ya fuera cristiano o musulmán, para su potencial saqueo y conquista. Los reyes cristianos más prósperos empezaron entonces a explotar a sus rivales musulmanes más débiles de modo más sistemático, y sus guerreros estaban ávidos de obtener una recompensa fácil. Este mosaico político propició el marco perfecto para lo que el historiador Angus MacKay calificó de «protección por extorsión». Los guerreros del norte podían llevar a cabo incursiones relámpago en el sur, destruyendo el complejo sistema de riego que constituía el sostén de una floreciente economía, prendiendo fuego a plantaciones de árboles y otros cultivos, y llevándose al norte animales y prisioneros. Se podían infligir graves daños muy rápidamente, pero repararlos, replantar los árboles y reconstruir los canales, llevaba mucho tiempo. Aunque en el siglo x el califato de Córdoba había apostado una línea de torres circulares de vigilancia a intervalos de unos cuarenta kilómetros —algunas de las cuales, como la atalaya de El Vellón, aún siguen en pie—, fueron insuficientes para proteger los territorios de las taifas. Tampoco

bastaron las ciudadelas y las poblaciones fortificadas que fueron apareciendo como respuesta a las incursiones cristianas que empezaron a producirse en el siglo XI. Por lo tanto, para impedir semejante destrucción, los reyes musulmanes no tardaron en acogerse a la protección de los reyes cristianos, a quienes pagaban con oro para impedir los ataques. En un principio, los reyes cristianos prefirieron el expolio y el pago de tributo por parte de las taifas, antes que la expansión territorial. Pero en la segunda mitad del siglo XI, una vez ganadas riquezas y confianza, algunos empezaron a conquistar territorio a los musulmanes.

Hacia la época en que nació nuestro protagonista, Rodrigo Díaz, un gobernante obtuvo un especial éxito en la imposición de tributo y la expansión de su reino. Fernando era inicialmente conde de Castilla, una región fronteriza con el reino de León (de ahí su nombre, pues era un área protegida por fortines o castillos. Derrotó en batalla al rey de León (1037) y se apropió de su reino, proclamándose rey como Fernando I. A partir de la década de 1050, Fernando conquistó territorios en la margen sur del río Duero, una región que hoy está integrada en Portugal: Lamego (1057), Viseo (1058), seguidos de Penalva, Travanca, y abarcando completa la región de Beira Alta con la conquista de Coímbra (1064). Con esta maniobra se inició verdaderamente la expansión territorial a expensas de al-Ándalus. Fernando también emprendió ataques al otro lado de la frontera, adentrándose en las ricas taifas colindantes de Toledo, Zaragoza y Badajoz, y en el año 1063 llegó incluso a penetrar en la taifa de Sevilla. Tal y como lo describía un texto, el rey Fernando cabalgó hacia territorio musulmán, despolbó las tierras de los bárbaros y quemó muchas granjas. Todos estos gobernantes musulmanes se avinieron a pagarle tributo, las llamadas «parias», para eludir sus ataques. Las relaciones de poder entre el norte y el sur empezaron, por tanto, a revertirse, y los gobernantes cristianos del norte tomaron ventaja.

Según la versión tradicional, esto formaba parte de una guerra de reconquista de territorios cristianos movida por un impulso ideológico. Se ha repetido a menudo que, ya fuese a renglón se-

guido de la conquista árabe-bereber (711-715), que a su vez fue calificada erróneamente de conquista «musulmana», o bien pasado un tiempo, los habitantes cristianos de la península aunaron fuerzas para recuperar todas las tierras que se les habían arrebatado y que, por medio de una serie de campañas militares llamadas «la Reconquista», cumplieron su objetivo en el siglo XIII, con la excepción de Granada. El siglo XI se considera a menudo el verdadero punto de partida de la Reconquista en la práctica. Gracias a algunos éxitos en la expansión territorial de los cristianos del norte en detrimento de al-Ándalus, esta explicación de los hechos podría resultar tentadora, pero distorsiona gravemente los procesos históricos. Si bien es cierto que el poder político cristiano acabó por reemplazar al dominio musulmán, el proceso que condujo a ese cambio fue complicado y aleatorio; tampoco existía una ideología nítida de la «Reconquista» que alentara a los cristianos en vida de Rodrigo.

En el siglo XI, los reyes cristianos de la península tenían más probabilidades de morir a consecuencia de las hostilidades con otros cristianos que luchando contra los musulmanes. Bermudo III de León, por ejemplo, tuvo que huir en el año 1034 cuando Sancho II de Pamplona le usurpó el trono y, tras recuperar el poder por un breve periodo, murió en la batalla en 1037 defendiéndose de su cuñado, Fernando de Castilla. El mismo Fernando mató a su propio hermano, García Sánchez III de Pamplona (que había luchado a su lado contra Bermudo III) en la batalla de 1054, ensanchando así el reino de León y Castilla. Sancho IV, rey de Pamplona, nos brinda otro ejemplo: fue asesinado en el año 1076, empujado desde un precipicio mientras cazaba, supuestamente a causa de una conspiración orquestada por su hermano Ramón y su hermana Ermesinda. Está claro que la guerra no se reducía a las hostilidades contra «enemigos de religión». Es más, los reyes cristianos estaban más que satisfechos aprovechando las debilidades de sus correligionarios, incluso cuando estos últimos luchaban contra los musulmanes. Por ejemplo, Fernando I se vio obligado a renunciar a su campaña contra la taifa musulmana de Toledo

cuando fue atacado por el rey cristiano Sancho Garcés IV de Pamplona en 1058. El carácter oportunista de la conquista territorial también queda patente por las consecuencias que se derivaron de la muerte de Sancho IV: Sancho Ramírez I de Aragón y Alfonso VI de León y Castilla invadieron el reino de Pamplona y lo dividieron.

Asimismo, brotaron alianzas que dividían transversalmente la brecha confesional entre cristianos y musulmanes. Todos y cada uno de los gobernantes querían ganar territorio y tenían razones para temer a sus vecinos, independientemente de su identidad religiosa. Así pues, se buscaban aliados allá donde se encontraran, sobre la base de un momentáneo interés político común, más que de su credo, de modo que con frecuencia cristianos y musulmanes luchaban codo con codo contra otras confederaciones cristiano-musulmanas. La muerte de Ramiro I de Aragón en el año 1063 es un buen ejemplo. Lo mataron en la batalla de Graus, que en las obras históricas tradicionales se suele citar como una batalla de la Reconquista. Sin embargo, lo cierto es que luchó contra la coalición castellano-musulmana liderada por su sobrino, Sancho II de Castilla, y no contra los musulmanes, para reconquistar las tierras. Otro de los muchos ejemplos se dio en la década de 1080, cuando el emir musulmán de Játiva, un tributario de la taifa de Valencia, se negó a pagar y a reconocer al recientemente instalado al-Qādir de Valencia. Esto propició una ocasión favorable para el emir de las taifas de Denia y Tortosa: con la ayuda de guerreros catalanes liderados por Guirart el Romano, protegió Játiva de las represalias de al-Qādir y se hizo con el control de la ciudad. Hubo muchos otros casos en los que guerreros cristianos ayudaron a un gobernante musulmán frente a otro con el fin de expandir o proteger su reino.

Además, el pillaje era tanto una práctica frecuente como una forma de ganarse la vida. En estas actividades, los guerreros cristianos no restringían su actividad a al-Ándalus. Las vidas de santos y las crónicas detallan historias que cuentan como saqueadores cristianos se apropiaban del ganado de las aldeas o de monaste-

rios cristianos, e incluso se lo vendían a los musulmanes al sur de la frontera. A pesar de ello, los guerreros que pudieron orientar sus actividades expoliadoras contra los musulmanes se salvaron tanto del oprobio de los escritores eclesiásticos como de las posibles represalias por parte de las poblaciones asaltadas.

Los acontecimientos inmediatos que sirven de telón de fondo a la historia del Cid se desarrollaron a consecuencia de la muerte de Fernando I, en el año 1065. De acuerdo con el testamento del rey, sus tierras quedarían repartidas entre sus tres hijos, con la creación de tres reinos: el mayor, Sancho II, heredó Castilla; Alfonso VI, León, y García II, Galicia. También heredaron el derecho a recaudar las parias de varias taifas: Sancho, las de Zaragoza; Alfonso, las de Toledo, y García, las de Badajoz y Sevilla. Sin embargo, muy pronto estalló la guerra entre los hermanos. Aunque son diversas las versiones sobre la secuencia exacta de los acontecimientos, el resultado es seguro. García, derrotado por sus hermanos, se fue desterrado a la taifa de Sevilla. Seguidamente, Sancho encarceló a Alfonso, pero este quedó en libertad después de que una de sus hermanas, Urraca, intercediera a su favor, y se fue entonces exiliado a la taifa de Toledo. Sancho II no quedó satisfecho con estas conquistas y asedió la fortaleza de su hermana Urraca en Zamora. Habiendo logrado derrotar a dos reyes, ¿por qué habría de acobardarse ante la perspectiva de arrebatarse a su hermana un codiciado fuerte? Sin embargo, en el sitio de Zamora, un asesino mató a Sancho II. Algunas décadas más tarde, un cronista atribuyó en un escrito estos hechos a «un caballero de gran coraje» oriundo de Zamora, que atravesó al rey por la espalda con una lanza. La posterior leyenda cuenta que uno de los nobles de Urraca engañó a Sancho. Declarando haber cambiado de bando, algo que no era infrecuente en la época, y con el pretexto de darle a conocer un punto débil de la ciudad para hacerse con ella, aquel noble apartó a Sancho de sus hombres y mató al rey mientras este hacía sus necesidades. Alfonso VI volvió del exilio y ocupó el lugar de su hermano como rey de León y Castilla. Aunque carecemos de pruebas sobre su complicidad

en el crimen, a partir del siglo XIII la leyenda empezó a asociar su nombre con los hechos de los que, sin lugar a duda, se había beneficiado. Encarceló definitivamente a su hermano García para impedirle reclamar el trono de Galicia.

Este reino extendido de León y Castilla fue el más importante de los reinos cristianos a finales del siglo XI. Es más, mientras libraba una lucha indiscriminada tanto contra musulmanes como contra cristianos, el rey Alfonso VI de León y Castilla también alimentaba el deseo de ser emperador de toda la *Hispania*, un título que empezó a usar en 1077. Según la *Historia silense*, crónica de la historia de la familia de Alfonso VI escrita en el primer tercio del siglo XII, este ya se lamentaba por el destino del reino visigodo durante su exilio en la Toledo musulmana. La crónica hace uso de toda una panoplia de términos para referirse a los musulmanes y afirma que, si bien Alfonso gozó de la hospitalidad de los «bárbaros» y los «sarracenos» lo tuvieron en su más alta estima, de manera que podía pasear por Toledo a su antojo, él se quejaba de la facilidad con la que la ciudad antaño cristiana podía ser saqueada por los «paganos». Una vez en el poder, Alfonso incrementó la cifra de reyes de taifas bajo su protección, obligados a pagarle parias, y llegó incluso a atacar Granada, en el extremo sur de la península, con el fin de poner a sus pies a su mandatario. Para esta incursión contó con la ayuda del líder militar de la taifa de Sevilla.

Las memorias del rey de Granada ‘Abd Allāh, que están llenas de coloristas historias, describen el modo en que Alfonso VI empezó a extorsionarlo para sacarle dinero. Aunque no podemos determinar la veracidad exacta de estas narraciones, sí que nos permiten hacernos una idea de cómo funcionaban las cosas en esa época. Al enterarse de las hostilidades en al-Ándalus, Alfonso VI envió una misión al emir de la taifa para exigirle el tributo. ‘Abd Allāh se negó, pues se sentía a salvo: Sevilla, otro territorio taifa, se interponía entre él y Alfonso, y serviría como amortiguador. No creía que un soberano musulmán pudiera aliarse con Alfonso frente a otro musulmán. Pero Ibn ‘Ammār, visir de la taifa

de Sevilla, vio una oportunidad, pues quería conquistar Granada para quedársela él. Prometió a la misión de Alfonso VI que el rey recibiría no solo los veinte mil dinares anuales que había pedido a Granada, sino que serían cincuenta mil. Además, le ofreció ayuda para tomar Granada, a cambio de oro. Alfonso e Ibn ‘Ammār cooperaron para construir una fortaleza desde la cual las tropas pudieran hostigar Granada, y ‘Abd Allāh se arrepintió de no haber aceptado las condiciones de Alfonso. Ibn ‘Ammār siguió conspirando contra Granada de la mano de Alfonso, entregándole a este abultadas cantidades de monedas de oro y prometiéndole más. Según ‘Abd Allāh, esto despertó la codicia de Alfonso así como su astucia, pero este no tenía ninguna intención de ayudar a un gobernante musulmán a arrebatarle a otro una importante ciudad, ya que cualquiera de ellos podía usarla como base contra él mismo.

‘Abd Allāh afirmaba en sus memorias que Alfonso sabía que no podría conquistar Granada inmediatamente: la ciudad no se rendiría sin luchar, de forma que él tendría que invertir grandes sumas de dinero y librar una larga guerra en el intento. Aun en el caso de tener que hacerlo, si lograba conquistarla, como los lugareños le odiaban, no podría conservar la ciudad sin apostar allí una nutrida tropa. Por lo tanto, lo mejor sería limitarse a explotar las hostilidades entre los emires musulmanes, sacándoles a ambas partes el mayor provecho posible: a uno, mediante la promesa de una alianza; al otro, mediante garantías de protección. Así ambos perderían su riqueza y quedarían exhaustos combatiéndose mutuamente, y sus territorios acabarían por caer en manos de Alfonso. Este procedió a exigirle a ‘Abd Allāh cincuenta mil *mithqals*, el equivalente a doscientos doce kilos y medio de oro, a cambio de su protección. Tras unas largas y arduas negociaciones, ‘Abd Allāh se las arregló para reducir la cifra a algo más de la mitad de lo exigido. Por añadidura, mandó reunir alfombras, telas y jarrones preciosos, y se los ofreció a Alfonso a modo de obsequio. Esto no fue más que el principio, ya que ‘Abd Allāh tuvo que prometer también que pagaría a Alfonso un tributo anual de diez mil *mithqals*.

Tanto si queremos creer que ‘Abd Allāh tuvo una especial perspicacia con respecto a la constitución psicológica de Alfonso como si pensamos que simplemente le atribuyó a un adversario las intenciones más aviesas, los beneficios que obtuvo Alfonso (además de otros monarcas cristianos) en este periodo están fuera de toda duda. Manaron hacia ellos inmensas riquezas en forma de monedas de oro y artículos de lujo. Un cronista relataba como el rey de la taifa de Toledo le entregó a Fernando I una cantidad enorme de oro y plata, así como valiosísimos ropajes, para evitar que atacara sus dominios. El pago de tributo también se detalla en un tratado del año 1073 entre la taifa de Zaragoza y Sancho IV de Navarra. Especificaba el pago de un tributo anual de doce mil mancusos (dinares de oro) por parte del rey de la taifa a cambio de ayuda militar para combatir a musulmanes y a cristianos por igual. Los reyes cristianos de la península destinaban estos tesoros a la retribución de sus tropas, a la construcción de fortificaciones y la adquisición de armas de asedio, a pagar a los expertos que suministraban tecnología militar y a recompensar a los miembros de su corte y seguidores. También hacían donaciones a instituciones religiosas, como monasterios o iglesias, con la esperanza de garantizar la salvación de su alma. Unos relicarios confeccionados en metales preciosos alojaban reliquias de santos; cofres y crucifijos de marfil y objetos litúrgicos con incrustaciones de piedras preciosas adornaban las iglesias. Un texto refería que Fernando I había proveído a una iglesia de reciente construcción de plata, oro, piedras preciosas y cortinajes de seda. Algunas de las parias recaudadas por Fernando I en los últimos años de su vida, y por Alfonso VI tras la muerte de aquel, se desviaron hacia el monasterio de Cluny, en Borgoña, para pagar las misas por el alma del rey, un regalo anual de mil monedas de oro que sobrepasaba el valor de todos los demás ingresos del monasterio.

Con frecuencia, los reyes cristianos se veían beneficiados por las disputas internas entre musulmanes. Cuando conspiraban para quedarse con los territorios de otros mandatarios musulmanes, los reyes de taifas incluían reiteradamente a soberanos cris-

tianos en sus complots. Esta dinámica llevó a Yahya al-Qādir, nieto y heredero de Yahya ibn Ismail al-Mamūn, rey de la taifa de Toledo, a recurrir a Alfonso VI, amigo y aliado de su abuelo, para pedirle ayuda cuando tuvo que hacer frente a una revuelta unos años después de haber heredado el trono. Al-Mamūn había recibido con los brazos abiertos a Alfonso en tiempos del exilio del rey, cuando su hermano Sancho le había arrebatado el poder. Una vez ocupado el trono, Alfonso se convirtió en protector de la taifa de Toledo a cambio de parias. Al-Qādir solo estuvo en condiciones de aportar este tributo tras exprimir a sus propios súbditos. Con su popularidad en horas bajas, al-Qādir tuvo que hacer frente a revueltas, que contrarrestó concediéndole a Alfonso aún más tributo, además de fortalezas fronterizas, lo que le hizo caer en un círculo vicioso que no beneficiaba más que al rey cristiano. Por otra parte, las tropas de Alfonso, manteniendo en pie el gobierno de al-Qādir, se afianzaron en su posición en la taifa de Toledo. Cuando en el año 1084 al-Qādir volvió a requerir su ayuda, Alfonso intervino de un modo novedoso. Ya fuera por iniciativa propia o como respuesta a la petición de al-Qādir de ser trasladado a Valencia, Alfonso decidió tomar Toledo y anexionarla a su propio territorio. Esta decisión sin duda vino dada por la gran importancia simbólica de la ciudad como capital del antiguo reino visigodo. Los rivales de al-Qādir se resistieron a entregarla, pero Alfonso asedió la ciudad, interrumpiendo el suministro de alimentos. Toledo trató de conseguir la ayuda de otras taifas, pero terminó por rendirse en 1085. Alfonso trasladó a al-Qādir desde Toledo a la taifa de Valencia y anexionó a su propio reino el territorio de Toledo.

Este movimiento sin precedentes causó conmoción en todo al-Ándalus. Según ‘Abd Allāh, Alfonso planeaba exprimir a todas las taifas de forma parecida hasta que cayeran en sus manos. La historia de al-Ándalus de Ibn al-Kardabūs, la *Kitāb al-iktifā*, escrita en las últimas décadas del siglo XII, afirmaba que «el tirano Alfonso» estaba tan corroído por el orgullo que consideraba despreciable a todo aquel que caminara sobre la

faz de la tierra, y en su delirio de grandeza se llamaba a sí mismo «emperador». Así las cosas, la fama póstuma de Alfonso entre los autores musulmanes andalusíes fue ciertamente pésima. Los demás reyes de taifas de la época compartían sin duda esta percepción de estar en riesgo por culpa de la expansión del reino cristiano, y los de Badajoz, Sevilla y Granada recurrieron a la ayuda de los almorávides (*al-murābiṭūn*) de Marruecos. Los almorávides eran una dinastía musulmana que descendía de los nómadas bereberes de África y que había empezado a ganar territorio a partir de mediados de siglo. Su distintivo atuendo incluía un velo bajo los ojos para los hombres, y eran seguidores de la escuela malakí de jurisprudencia, una forma conservadora y rigorista del islam.

El líder de los almorávides, Yūsuf ibn Tāshfīn, respondió a la llamada de las taifas y en el año 1086 desató una nueva invasión para revertir los éxitos de los cristianos. Su ejército desembarcó en Algeciras y a él se unieron las tropas de las taifas. Alfonso VI se enfrentó a estos ejércitos el 23 de octubre en Sagradas, donde en un principio sus fuerzas parecían llevar las de ganar gracias al ataque sorpresa. No obstante, una vez pasada la sorpresa inicial, y cuando la combinación de los ejércitos de taifas y el almorávide lanzaron su ofensiva, el ejército de Alfonso quedó en desventaja, con sus guerreros ya cansados por haber tenido que cubrir una gran distancia hasta llegar al campo de batalla y sin un plan para el enfrentamiento propiamente dicho. Un siglo más tarde, Ibn Kardabūs daba crédito en un texto a los conocimientos astrológicos del rey de la taifa de Sevilla, quien, mediante el uso de un astrolabio, calculó el horóscopo de Yūsuf y determinó cuál sería el emplazamiento ideal para su campamento. Tanto si preferimos atribuir el resultado a la astrología como a un ejército almorávide bien entrenado y disciplinado, lo cierto es que Alfonso sufrió una derrota espectacular. Él consiguió escapar, herido en una pierna, y cabalgó hacia el norte para organizar la defensa de Toledo. Un cronista musulmán afirmaba que los vencedores les cortaron la cabeza a los «politeístas» (como llamaban a los cristia-

nos) que encontraron en el campo de batalla, y con sus cabezas construyeron minaretes; durante tres días, los muecines convocaron al rezo desde el más alto de ellos.

La derrota tuvo repercusiones en toda la cristiandad. Lejos de allí, en el monasterio de Cluny, los monjes rezaban por Alfonso. En Roma, el papa empezó a preocuparse por el destino de los cristianos de Iberia. En la propia península, muchos trataron de sacar provecho de la agitación para apoderarse de las tierras de Alfonso. Porque la derrota no fue un acontecimiento aislado. Si bien tras la batalla Yūsuf ibn Tāshfīn tuvo que regresar a Marruecos a causa de la repentina muerte de su hijo y heredero, a lo largo de las décadas siguientes los almorávides se vieron atraídos a la política ibérica cada vez más profundamente. Eran repetidas las llamadas de ayuda por parte de los dirigentes musulmanes de la península: el rey de la taifa de Sevilla le pidió a Yūsuf ibn Tāshfīn que regresara a la península para arrebatarle el fuerte Aledo a su conquistador cristiano, García Jiménez, que lo usaba como base para sus asaltos a la Murcia y la Orihuela musulmanas. En la primavera del año 1089, Yūsuf y las taifas de Sevilla, Málaga, Almería, Granada y Murcia sumaron fuerzas y sitiaron Aledo. Sus defensores pidieron ayuda a Alfonso VI y, mientras sus tropas se aproximaban, se levantó el sitio. El testimonio ocular de ‘Abd Allāh, rey de Granada, da a entender que la razón principal del abandono del sitio fue que Yūsuf se dio cuenta de que los conflictos entre las taifas y una revuelta abierta en Murcia, que favorecía a los cristianos, condenaban sus esfuerzos al fracaso. Este fue uno de los motivos por los que los almorávides endurecieron su actitud no solo contra los cristianos de Iberia, sino también contra los reyes de las taifas.

Muchos de los lugareños musulmanes empezaron a quejarse de sus mandatarios ante Yūsuf, y el rey de la taifa de Granada, ‘Abd Allāh, relata que empezó a temerse una intervención almorávide cuando fue amenazado por haber actuado con mendacidad y por negociar con Alfonso VI. Yūsuf regresó a la península ibérica al año siguiente, en junio de 1090. Asedió Toledo, pero

no logró conquistarla, y los reyes de las taifas no se sumaron a su campaña. Entonces Yūsuf empezó a maniobrar en contra de esos mismos reyes de taifas. Algunos de los que se mostraban críticos con ellos ya habían huido para alinearse con los almorávides. También los sabios religiosos de la corte almorávide pusieron objeciones al laxo estilo de vida de las élites musulmanas ibéricas, al consumo de vino y a una fe presuntamente heterodoxa, lo que proporcionaba una justificación para su deposición. Yūsuf apartó del poder a ‘Abd Allāh de Granada y al hermano de este, el rey de Málaga, y los mandó al destierro en Marruecos antes de finales de 1090. Muchos otros reyes de taifas compartieron ese mismo destino. Baza, Almería y Córdoba fueron conquistadas por los almorávides, que seguidamente sitiaron Sevilla en el año 1091. Uno de los sobrinos de Yūsuf lideró la campaña en 1092, haciéndose con el control de Murcia, Aledo, Denia, Játiva y Alcira. Entre los años 1093 y 1094, los almorávides ya estaban ocupando la parte occidental de la península, con la rendición de Badajoz a principios de 1094. A partir de ese instante, los ejércitos almorávides regresaron de forma regular a la península y derrotaron de nuevo a Alfonso VI en 1097. Para finales del siglo XI, las únicas taifas que no estaban bajo el poder de los almorávides eran la de Zaragoza y la de Albaracín. A principios del siglo XII, los almorávides acabaron por conquistar todas las taifas y reconquistar algunas de las áreas que los reyes cristianos les habían arrebatado, aunque no consiguieron recuperar Toledo.

El siglo XI fue, por tanto, una época de gran inestabilidad en la península ibérica, un periodo en el que la vida giraba en torno a la guerra y los guerreros conformaban la élite de la sociedad. En los reinos del norte, estos caballeros en sus monturas eran dueños de fincas con tierras o se mantenían gracias al dinero que les proporcionaba el rey. Se entrenaban como jinetes y en el manejo de armas desde la primera adolescencia. Espada, lanza, espuelas, cota de malla y casco constituían su equipamiento básico. Practicaban la violencia como modo de vida. El contemporáneo musul-

mán ‘Abd Allāh escribió acerca de un ataque de Alfonso VI sobre la taifa de Badajoz, que se saldó con un gran número de muertos para ambos bandos:

Afortunadamente, el ejército cristiano avanzó por sorpresa, cuando los musulmanes no estaban preparados [...] perecieron algunos musulmanes que no pudieron defenderse; pero apenas cundió la alarma por el ejército muslim y los musulmanes montaron a caballo para hacer frente a los cristianos, cuando estos se sintieron cansados, por el peso de sus armas y por la larga distancia recorrida. Los musulmanes los persiguieron a filo de espada y murieron muchos de los soldados que quedaron sembrados por el camino. Entre los muertos en combate o de muerte natural, los había que habían caído abrumados por el peso de sus armas.

De la violencia de las batallas también dan testimonio las recientes excavaciones arqueológicas. El esqueleto de Bermudo III, que cayó luchando contra su cuñado Fernando, ofrece indicios del modo en que murió a los diecinueve años. La lanza enemiga le penetró por el ojo derecho, reventándole la cavidad ocular y arrancándole la quijada superior. Además, más de una docena de heridas de espada le perforaron abdomen, fémur, cadera y mejilla. Según la narración de los hechos, montaba un caballo más veloz que los del resto de su hueste, y por lo tanto se enfrentó al enemigo en solitario, exponiéndose a una lucha desigual. En las fuentes escritas también abundan los detalles truculentos. Según cuenta un cronista posterior, cuando Fernando I conquistó Viseo quiso vengar a su suegro, Alfonso VI de León, que había caído allí hacía tres décadas, en el sitio de la ciudad; cuando sus hombres encontraron al arquero que había matado a Alfonso, Fernando ordenó que le cortaran las dos manos. La anécdota bien puede ser inventada, pero lo que en ella subyace resulta revelador.

La violencia no solo se practicaba, sino que se glorificaba en la guerra. Esto se cumplía de forma más generalizada en Euro-

pa. En su crónica, Tietmaro, obispo de Merseburgo (1009-1018), no tuvo empacho en retratar al futuro Enrique I como «un guerrero de buen carácter» cuando, enviado por su padre a tierras eslavas, «tras mucha destrucción e incendios, retornó victorioso». El protagonista de *El cantar de Roldán* (compuesto en su mayor parte en el siglo XI) es famoso por luchar hasta la muerte, junto con un arzobispo que acompaña al ejército, mientras «caen los infieles [esto es, los musulmanes] por miles y en tumulto», se cortan cabezas y Roldán mata a un guerrero enemigo y a su caballo de un solo golpe. Roldán muere como un mártir en la batalla y los ángeles elevan al cielo su alma. Para finales de siglo, la idea de que los caballeros podían matar a sus enemigos y ganarse con ello su salvación dio inicio a las cruzadas. En la propia península ibérica, los cronistas señalaron con aprobación numerosos ejemplos de estragos causados en tierra enemiga. Una crónica de principios del siglo XII homenajeara a un rey que era un «devoto defensor de la fe cristiana con la fuerza de su ejército», porque el enemigo era «despedazado como el ganado». Otra narración, la *Crónica de los reyes de León* (*Chronicon regum leigionensum*, c. década de 1120), aplaudía a Fernando I, «un buen hombre temeroso de Dios», que «hizo una gran matanza entre los sarracenos». Muchos manuscritos ilustrados del comentario al Apocalipsis del monje Beato de Liébana muestran un combate escatológico en el fin de los tiempos, en el que la violencia que ejerce el bando apoyado por la divinidad queda retratada como algo digno de celebración; por ejemplo, los subalternos divinos, blandiendo prominentes espadas, derrotan a la Bestia y a figuras malignas, mientras los pájaros picotean los cuerpos de los muertos. La Biblia de San Isidoro de León, del siglo XII, ilustra batallas bíblicas con figuras vestidas con cota de malla, que las hace parecer contemporáneas, y la escena de una victoria israelí incluye una cabeza decapitada y partes mutiladas de un cuerpo desperdigadas por el suelo.

Las características marciales de la península ibérica en el siglo XI dictaban el ámbito de acción para muchos reyes y nobles.

El panorama político en continua transformación y las posibilidades de expolio, así como, cada vez más, la conquista territorial, hacían de la guerra un elemento esencial en la vida cotidiana. Era una época en la que los guerreros con talento tenían opciones de prosperar: una época propicia para Rodrigo.